

*Dionisio V. Fuyú.*  
HISTORIA ANTIGUA

## DE YUCATAN.

---

---

### NOCIONES PRELIMINARES.

#### § I.

El Nuevo-Mundo.—Circunstancias del antiguo, al descubrirse aquél.—Cristóbal Colon.—España y los Reyes Católicos.—El descubrimiento.

Con el más prodigioso acontecimiento del siglo xv, debido al genio del inmortal Colon, se encuentra enlazado el primer anillo de la historia conocida de la Península de Yucatan. Por esto es conveniente que al ensayar el diseño de la historia antigua de este país, consagremos un recuerdo á la empresa extraordinaria del gran marino que descubrió esta mitad del Globo, generalmente conocida con el nombre de América, India Occidental ó Nuevo Mundo.

Nos será tanto más fácil, cuanto que en este punto, no haremos más que extractar algo de lo que excelentes plumas han escrito.

Cualquiera que penetrare en el estudio de la historia del siglo xv, se encontrará en el viejo continente con las grandes elucubraciones que preparaban la grandeza del siglo xvi y el pro-

greso ulterior de las edades siguientes. El cultivo de las letras, los esfuerzos del comercio por engrandecer su esfera de acción, la inquietud y audacia de los guerreros, la perseverancia en los estudios geológicos y astronómicos, las conquistas de la navegación, el fervor del sentimiento religioso, todo concurría (hasta las invasiones y agitaciones mismas), á la producción de grandes y felices resultados. El fruto que de sus estudios habían recogido en tranquila calma, y poco á poco, los sabios de las edades pasadas, era el gran elemento del progreso moderno; y por lo mismo, el ejemplo de las naciones antiguas, con respecto á sus peligrosos ensayos de navegación, en un tiempo en que carecían del conocimiento exacto del Globo, en que se hallaban destituidas del poderoso auxilio de la brújula, vino á impulsar con aliento eficaz las colosales empresas de los pueblos modernos. Éstos contaban ya con las ilustraciones debidas á Tolomeo en su Descripción del Globo Terrestre, que aunque data ciertamente desde el segundo siglo de la Era Cristiana, no se había querido profundizar, sino hasta entónces; y contaban también con la interesante invención de la brújula, debida á Flavio Gioia, quien acabó con esto de coronar los adelantos del hombre sobre el imperio de los mares. Los portugueses, que acostumbrados al arrojo y al valor en la escuela de sus guerras con los mahometanos,

no temieron entregarse ni al furor mismo de los elementos, fueron los primeros que en aquella época dieron el ejemplo de grandes y felices expediciones navales, con que se reanimó en grande escala el estudio de la geografía, y se puso en juego el mutuo estímulo de las grandes nacionalidades europeas, que se esforzaban ya por encontrar una vía que, dando la vuelta al Africa, fuese á conducir á la India Oriental. Pero toda aquella gran revolución de ideas geográficas tuvo su personificación, por decirlo así, en la inteligencia ardiente de un solo hombre, en quien, haciendo su debido fermento, le produjo admirables convicciones, supremo valor y heroica constancia, que pasando luego de la región de los pensamientos á la de la ejecución, dieron con éxito feliz un resultado más grandioso y sorprendente, que lo fuera en las grandiosas creaciones de la exaltada fantasía. Aquella noble inteligencia era la de Cristóbal Colón.

Este hombre, cuya gloria es tan grande que diferentes pueblos se han disputado el honor de haber arrullado su cuna, nació en la República de Génova, y abrazó desde muy niño la profesión de marino. Aún era muy joven, cuando en uno de sus atrevidos viajes, quiso la Providencia conducirle, después de un combate, á las costas de Portugal, nación cuyos navíos habían adquirido la justa celebridad de sus

empresas, y el futuro descubridor del Nuevo-Mundo asentó plaza en ellos, dando así pábulo á la llama de su genio, con los dilatados viajes de los Portugueses, y corroborando cada vez más sus convicciones sobre posibles descubrimientos de nuevos países. Cristóbal Colon hacía correr de tal suerte sus inflamadas ideas desde las Indias Occidentales ó Atlántidas imaginarias ó más bien tradicionales de Aristóteles, Séneca y Platon, hasta sus propias convicciones, que llegando á persuadirse de tal modo de la verdad de sus cálculos y de sus conjeturas, comenzó á proyectar la asombrosa empresa de lanzarse al Océano, para realizar un viaje jamas intentado, navegando siempre al Oeste, fijo en su audaz y seguro pensamiento de que si á la India Oriental no llegaba, dando la vuelta al Africa, su barca tocaría á nuevas y nunca vistas costas.

Colon propuso sucesivamente su proyecto á varios gobiernos de Europa, siendo siempre rechazado como iluso: por último, fué favorecido por los Reyes Católicos de España, Fernando é Isabel.

Por esta época (1484), España había llegado por una feliz reunion de circunstancias á un grado de superioridad muy notable. La guerra de siete siglos sostenida en favor de la religion y de la independencia de la patria, había dado á los españoles aquel elevado temple de espíri-

tu que hace á los hombres verdaderamente nobles: tan valientes y generosos en el combate y en la victoria, como resignados y sufridos en la adversidad. Isabel, cuya frente ceñía la corona de Castilla, habíase desposado con Fernando, que traía en la suya la corona de Aragon: reunía así este matrimonio el gobierno de ambos Estados y engrandecía de tal suerte el poder de aquellos reales esposos, que llegaron á tener la gloria de arruinar el poder de los Moros. Estas y otras circunstancias, que tan oportunamente coincidieron bajo el sabio gobierno de los Reyes Católicos, acabaron de hacer el engrandecimiento de España en tales términos de felicidad, que todos han reconocido que hasta sus aparentes desgracias venían á tornarse en motivo de próspera ventura y creciente gloria.

Parece que los pensamientos del audaz genoves estaban reservados para ser comprendidos y estimados sólo por el superior espíritu de una mujer, tan noble por su elevado juicio, y tan grande por sus virtudes y fortaleza, como lo era la Reina Católica de Castilla. Esta soberana, Doña Isabel, acogió las ideas de Cristóbal Colon, y éste empezó al punto los preparativos de aquel memorable viaje: al emprenderlo con tres pequeños y mal equipados buques, lanzándose impávido y sereno sobre las turbulentas aguas del oceano, para ir en demanda

de nuevas tierras, más parece el fantástico héroe de una de esas creaciones romancescas que pertenecen á su siglo caballeresco, que no un experimentado marino que se conduce á la luz del profundo y maduro juicio.

Era el tres de Agosto de 1492, y una inmensa multitud de espectadores se había reunido en el puerto de Palos de Andalucía, porque quería ver con sus propios ojos que se hiciera á la vela el hombre atrevido que iba á sorprender, (más allá de donde parece juntarse el cielo con la tierra), el secreto del Globo y el misterio de todos los siglos pasados. La barca del más célebre de los marinos, del vencedor del *non plus ultra* de las columnas de Hércules, partió. Llega en el mes de Septiembre á una de las Islas Canarias desde donde vuelve á hacerse á la vela, navegando siempre al Oeste, y pronto el ímpetu de los vientos le va arrastrando con tan notable rapidez, que bien presto pasaron sus tres pequeños buques más allá de los límites que jamás ántes habían sido traspasados. Los hombres que forman la tripulación de aquellos buques comienzan á palidecer y á turbarse, y sólo es capaz el alma de Colon de calmarlos.

Era el juéves once de Octubre, por la noche, cuando apaciguando Colon los exaltados temores de sus compañeros, (que poco ántes le habían obligado á ofrecer que si en tres días mé

no descubrían tierra, se renunciaría á la empresa y tornarían al punto de su partida), dispuso que se tomasen las debidas precauciones para no encallar en la costa. Sentimientos verdaderamente encontrados é indefinibles animaban los corazones de aquella gente aventurera, que á las órdenes del Almirante se puso en pié, no mirándose todos sino como unos miserables pigmeos, próximos á ser aniquilados, en pena de su osadía, entre las dos terribles inmensidades del cielo y de las aguas en que surcaban sus frágiles barquillas. Serían como las diez de aquella noche célebre, cuando constituido Cristóbal Colon en el castillo de proa, alzó su frente, serena y augusta como la de un genio, ó más bien como la de un arcángel, y en ademán noble y sereno levantó la mano para hacer descubrir á sus camaradas una luz cuya brillante oscilacion se percibía en lontananza. Pasadas dos horas, cuando era ya la media noche, el buque que iba más adelante lanzó un grito de indefinible alborozo: Tierra.....!

Disipadas las tinieblas de la noche, al romper la aurora del viérnes 12 de Octubre de 1492, las absortas miradas de Colon en medio de sus compañeros, claváronse en la tierra que se dilataba ante sus ávidos ojos, y encabezándolos á todos, avanza á banderas desplegadas y á las suaves notas de la música, á poner, el primero, su planta en aquella tierra de sus eter-

nos cálculos y de sus dorados ensueños, tomando solemnemente posesion de ella, en nombre de los Reyes Católicos de España, D. Fernando y D<sup>a</sup> Isabel.

Así fué descubierta esta gran parte del mundo, que habiendo sido hasta entónces desconocida de las tres antiguas partes del Globo, con razon la saludaron éstas al instante con el nombre de Nuevo-Mundo y de India Occidental, por haber sido hallada cuando se buscaba un camino para la India Oriental, de donde se originó que á sus naturales se les denominase *Indios*. Ha prevalecido más el nombre de América, á causa de Américo Vesputio, natural de Florencia, que habiendo empleado como dos años en reconocer las costas del continente descubierto por Colon, quiso la injusta suerte que su nombre, más bien que el del descubridor, quedara identificado por el uso con el del Nuevo-Mundo.

Península grande y considerable de este mundo de Colon y de Américo, Yucatan tiene ademas para nosotros la especialísima circunstancia de ser el suelo de la querida patria cuya historia debe sernos por eso tan familiar como grata.

Veamos, pues, cómo apareció en el mapa del mundo conocido.

§ II.

Descubrimiento de Yucatan.— Francisco Hernández de Córdoba.—D. Francisco de Montejo.—La conquista.—El elemento religioso.

Despues del descubrimiento general del Nuevo-Mundo, debido al inmortal Colon, siguiéronse los descubrimientos parciales de las diferentes partes del nuevo continente, y en la serie de ellos cupo en suerte á nuestra Península ser descubierta en 1517, por el capitan español Francisco Hernández de Córdoba, quien al frente de ciento diez soldados se había hecho á la vela desde el puerto de Santiago de Cuba, el día 8 de Febrero de aquel año. Celosos, empero, de su independencia, los naturales, no quisieron dejar impunes á los audaces aventureros cuya presencia amenazaba el culto de sus dioses y las libertades patrias. Y con este intento, doce canoas, todas de grandor extraordinario y cargadas de numerosos guerreros, salieron el 5 de Marzo á encontrarse como de paz con los buques extranjeros. “Venid, les dijeron en su idioma, avanzad hasta nuestras casas. *Conex cotoch.*” Hernández de Córdoba y sus soldados no dejando de prever un conflicto, desembarcaron en sus propios bateles á vista de la multitud que cubría la ribera, y avanzaron con quince balistas y diez mosquetes hasta las habitaciones del

puerto, donde admiraron la limpieza y las formas del traje maya, mejores que las de los indios de Cuba, no ménos que la magnitud, solidez y proporciones exactas de la arquitectura. Trabóse repentinamente una reñida lucha en que el valor de los indios casi correspondía con el tren ventajoso de las armas europeas, al grado de hacer retroceder á los descubridores y dejarles gravemente heridos diez y siete soldados, si bien ellos contaron un gran número de muertos y de heridos. Los europeos contramarcharon, y reembarcándose, fueron costeano hácia el Oeste hasta tocar despues de quince días al puerto de Campeche, donde los indios se preparaban á resistir á tan poderosos enemigos, ofreciendo á sus dioses sacrificios de víctimas humanas, y poniendo en tren de guerra sus numerosas huestes; pero á vista de tan fieros y numerosos habitantes, yá no querían más que llenar de agua sus cascós vacíos, y retirarse, huyendo despavoridos, aunque se les invitaba amistosamente á permanecer. Al llegar al punto conocido hoy con el nombre de *Champoton*, donde se detuvieron con motivo de la misma operacion de tomar agua, las tropas indias los acometieron allí en toda forma de guerra, segun sus usos, presentándose con aljabas y arcos, lanzas de durísima y envenenada madera, hachas y espadas de pedernal, hondas y piedras, y escudos de algodón. Llevaban el cuerpo pintado de vivos y variados colo-

res, conducían estandartes de guerra, y llenaban el aire con estrepitosos gritos de marcial encono. Córdoba y sus compañeros halláronse en el duro caso de resistir con toda la fuerza de que es capaz quien defiende su propia vida, contra los rudos pero justos ataques de unos nacionales alarmados en la posesion de sus dioses y de su suelo patrio. Así, la accion fué sangrienta, feroz, y tan poco favorable á los extranjeros, que dieron al sitio, en sus primitivos mapas, el nombre de "Bahía de la Mala Pelea." De modo que si las armas europeas sembraban la muerte en las tupidas columnas de los bravos mayas, éstos, con el furor que les inspiraba su patriotismo, no retrocedían un paso. Más de cincuenta españoles cayeron muertos en el suelo yucateco, y á excepcion de un soldado, uno solo, desde el caudillo de los aventureros descubridores, hasta el último subalterno, todos quedaron más ó ménos gravemente heridos, muriéndose sucesivamente no pocos, con tal motivo, incluso el desgraciado capitán, que acribillado de doce mortales heridas, llegó apenas á la isla de Cuba á exhalar el último suspiro de su vida, declarando con él, á la faz del mundo, haber descubierto la tierra de Yucatan.

Tal fué el célebre descubrimiento de esta Península por el malogrado capitán Francisco Hernández de Córdoba, el año citado de 1517, descubrimiento que abrió la puerta al de Tabas-

co, Veracruz, Tlaxcala y todo el imperio de Moctezuma, pues en aquel mismo año, Juan de Grijalva, y en pos de éste, Hernan Cortés, vinieron á tomar parte en los sucesos del Nuevo Mundo.

Descubierto el Anahuac, ocupáronse los españoles en derrocar el trono de los Moctezumas, de modo que concentrada la atención general de los conquistadores en el imperio mejicano, la conquista de la Península yucateca atrasóse hasta veinticinco años despues de haber aportado á sus playas el desgraciado Hernandez de Córdoba.

D. Francisco de Montejo, natural de Salamanca en España, conquistador y vecino de la recién conquistada Tenoxtitlan, fué quien (obtenida del rey de España, en 1526, la autorización é instrucciones respectivas, junto con el título de Adelantado, Gobernador y Capitan General de Yucatan), emprendió su conquista en el año de 1527, que despues de diez y seis años de tentativas, sufrimientos, enormes gastos y rudos choques de las guerras de represalia con que los naturales resistían el empuje de sus conquistadores, obligándolos varias ocasiones á abandonar sus proyectos, hubo por fin de terminarse en 1541. En las guerras de la conquista, que fueron muchas y variadas, los soldados españoles supieron ostentar un valor militar á toda prueba y un verdadero heroismo, miéntras

que por su parte los guerreros mayas se ostentaron también leales y generosos patricios.

Pacificada esta tierra, no habrían vivido seguros los conquistadores, si esa pacificación no se hubiese consolidado con la intervención de los misioneros apostólicos, que con el influjo celestial del cristianismo, fueron calmando el fuego de las pasiones, é insinuándose en el rudo espíritu de los desgraciados vencidos, inoculando en ellos el gérmen divino de la resignación, del consuelo y de la paz, predicando la doctrina verdaderamente civilizadora del Evangelio, que enseña á los hombres todos á mirarse como hermanos, siendo como son hijos de un mismo padre y obligados discípulos de la única religión verdadera. Ah! si esa doctrina regeneradora hubiese tenido una acción constante y siempre bien dirigida sobre los ánimos de nuestros indios, hoy fuera el día en que su número sería otro igual de hombres que honrasen la patria á que pertenecen, tanto cuanto ahora la deshonoran con los excesos de su barbarie. Pero nuestros políticos no han sabido servirse de un elemento todo divino que empieza la felicidad del hombre desde la tierra de sus miserias..... El Estado no tiene religión.

Yá es tiempo, empero, de que veamos las condiciones naturales y sociales de Yucatan, según es hoy, para penetrar despues en las de

los monumentos é historia antigua, que es el objeto especial de este estudio.

§ III.

Situacion geográfica de Yucatan.—Su extension.—Poblacion.—Categoría política.—Division territorial.—Aspecto físico y monumental.

A la entrada del seno mejicano, entre los 18.º y 21.º 32' de latitud Norte, y entre los 6º 37' y 12.º 5' de longitud Oriental de Méjico, se halla situada la Península de Yucatan, hacia el Oriente de la República Mejicana, de que es parte integrante, por la voluntad libre y espontánea de sus habitantes, que se confederaron con dicha República. Siempre había sido, desde su independencia del dominio español, á principios de este siglo, una sola provincia ó estado, hasta que en 1858 (3 de Mayo), por un convenio celebrado entre las autoridades del Distrito de Campeche y el Gobierno del Estado, se dividió en dos, que se denominan de Mérida ó Yucatan, y Campeche.<sup>1</sup> Situada bajo los trópi-

1 En los países extranjeros siempre se ha tenido el nombre de "Campeche" por sinónimo de "Yucatan," habiendo sido la justa causa de ello el que la ciudad de Campeche fuese el único puerto de Yucatan en toda la época del gobierno colonial. Llámase por esto al palo de tinte, *palo de Campeche*, aunque proceda del Oriente; y dase tambien, por lo comun, el título de campechano á todo yucateco. Así mismo vemos hoy cómo se da á la fibra del henequen el nombre de "*sisal*," porque éste fué el puerto en que comen- zó á tener en gran escala la exportacion de que goza.

cos, es de un temperamento cálido y sano, y es ademas una de las penínsulas más considerables del globo. Tiene de extension en su superficie, segun el baron Mr. Alejandro de Humbolt, 5,977 leguas cuadradas, y segun otros, 8,171. Linda al Norte y Oeste con el golfo de Méjico, al Este con el mar de las Antillas, y al Sur con los territorios de Chiapas y Guatemala. A más de las ciudades de Mérida y Campeche, que son capitales de los estados de su nombre, cuéntanse varias otras ciudades, villas y lugares. La poblacion, segun el censo de 1846, era de más de medio millon de almas; pero ha tenido tales y tan grandes inconvenientes para su progresivo desarrollo, con motivo de las revoluciones civiles y de la guerra de castas, que puede asegurarse que ha aumentado muy poco de entónces acá. El terreno es llano y bajo; y aunque pedregoso, en lo general es fértil y rico en las producciones de los suelos cálidos. Se divide en cinco fracciones que son: los dos estados mencionados de Mérida y Campeche, que tienen por lo mismo la categoría de dos entidades políticas de la Federacion Mejicana; el territorio del Sur que ocupan los indios pacificados, como parte integrante de los estados de Mérida y Campeche, pero que todavía se mantienen en un estado de excision; la parte oriental en que se hallan los indios insurrectos desde 1847; y el territorio de Belice, de que los ingleses están de



hecho poseionados, hace un buen número de años, pues que trae su origen desde el tiempo del gobierno colonial, en la época ominosa de las irrupciones piráticas en el siglo XVI, en que el infame Wallase, asentando su guarida en aquella parte de nuestro territorio, dióle su nombre que degeneró pronto en el de Wallix, y despues en el de Belize, con que es yá generalmente conocido.<sup>1</sup>

No es Yucatan, por su naturaleza física, como otros países que llaman la atencion por sus encumbradas montañas y grandes ríos, por sus magníficas cataratas y magestuosos volcanes, cuyo conjunto ofrece á la vista del espectador un cuadro de belleza ó sublimidad que hechiza los sentidos y arrebatá el corazon. No; Yucatan es un suelo modesto, pero que no carece de cierta especial gravedad interesante y noble. Sin montes ni abismos, presenta una vegetacion tropical que se extiende hermosa y tranquila á la vista, como una gran alfombra de esmeralda, rica sobre todo en variedad de maderas preciosas, de tinte y de construccion. Sin cataratas ni ríos, brinda con el fenómeno raro de los cenotes ó cavidades de viva peña, en que se ve practicada por la naturaleza, con la gentil maestría que le es propia, la obra artificial de los espléndidos baños de los antiguos griegos y ro-

<sup>1</sup> Podrá verse en el Apéndice nuestra disertacion intitulada: "Orígen de Belize."

manos, quienes con toda la belleza y lujo de sus mármoles, no presentaron jamas el aspecto grandioso natural de un cenote yucateco, de agua permanente y saludable, purísima, fresca y dulce, bajo una bóveda imponente y majestuosa de piedra calcárea, por cuyos poros se mira brotar el precioso líquido, ora en mil cristalinos arroyuelos, ora cayendo gota á gota, resonando sus pausados golpes, en medio de la soledad silenciosa de las selvas, como el péndulo de una máquina que señala el rápido marchar del tiempo.

Sin tener, en fin, la sublimidad terrible de los volcanes, y de otras obras admirables y estupendas de la naturaleza, el suelo de Yucatan presenta en todas direcciones las espléndidas ruinas monumentales de un pueblo antiquísimo, que le dan un carácter de tan profundo interes histórico, que excitan vivamente el espíritu y hacen latir el corazon. Si al atravesar la vasta extension de un desconocido y solitario desierto, sorprendemos de súbito, junto á la base de una solitaria columna derruída, las reliquias de una osamenta humana que nos revela estar hollando el sepulcro de un ser de nuestra misma especie, nos sentimos agitados al punto, con emociones áun más fuertes que las de ese instinto natural con que veneramos la mansion de un muerto, ¿qué no nos acontecerá en presencia del sepulcro no yá de un hom-

bre, sino de un pueblo? Pues bien: Yucatan es la urna funeraria de un grande y poderoso pueblo *que fué*, y nosotros, hijos como somos de este mismo suelo, nosotros, para quienes esta patria no es ménos nuestra que para aquellos cuya opulencia nos anuncian los majestuosos restos de sus pirámides, templos y palacios; nosotros, decimos, ¿qué no experimentaremos á la contemplacion de estos grandiosos monumentos históricos, á cuya sombra habitamos, y que nos atraen las miradas de todo el mundo científico, y las visitas de los sabios y de los Reyes y de sus Embajadores?

Sí; Yucatan es un suelo verdaderamente clásico, por su aspecto monumental, por esa gravedad imponente de su historia antigua, de la cual, á manera de una gran cadena, palpamos en el conjunto de las ruinas, el último eslabon, que pendiendo de otro y otros, va perdiéndose en la oscuridad insondable del tiempo, y que velado á nuestras ávidas miradas, yace como un misterio, cuya existencia vemos, pero que no comprendemos bien.

Diligentes anticuarios yucatecos como Fr. Estanislao Carrillo y Juan Pío Pérez; sabios arqueólogos europeos y americanos, como Friedrichssal, Stephens y otros, han interrogado á las estatuas, á las pirámides, á las columnas; han recorrido con excitacion febril y vehemente los ámbitos de los templos, de los palacios, y de los

muros de las ciudades; han trepado hasta la cima encumbrada de las pirámides truncadas (*Kues*); y han descendido al lóbrego seno de las tumbas antiguas para interrogar de dónde vino eso pueblo, tan admirablemente civilizado á su manera, que ya no existe sino en las huellas que en pos de sí ha dejado marcadas en la tierra. ¿Cuál era su constitucion social, cuál su filosofía, cuáles eran sus peripecias, qué catástrofes, en fin, le precipitaron en la rápida pendiente del abismo? Por eso, con la profunda emocion de quien penetra en una cripta antigua, para descifrar misteriosas inscripciones, sirviéndonos como de lámpara funeraria, de las ráfagas de luz encontradas por quienes nos han precedido en este estudio, entramos ya á practicarle nosotros.

Estableceremos, al efecto, la siguiente division en la historia yucateca.

Las principales épocas de ella son cuatro, á saber: la 1ª desde los tiempos más remotos que pueden alcanzarse de la antigüedad, hasta el descubrimiento por los españoles, en 1517; la 2ª desde el descubrimiento, hasta la batalla de San Bernabé, en 1541, que decidió la conquista; la 3ª desde la conquista ó institucion del gobierno colonial, hasta la independenciam, en 1821; y la 4ª desde la independenciam hasta nuestros días.

La primera época, esto es, la de la historia antigua, es el objeto de la presente obra.